

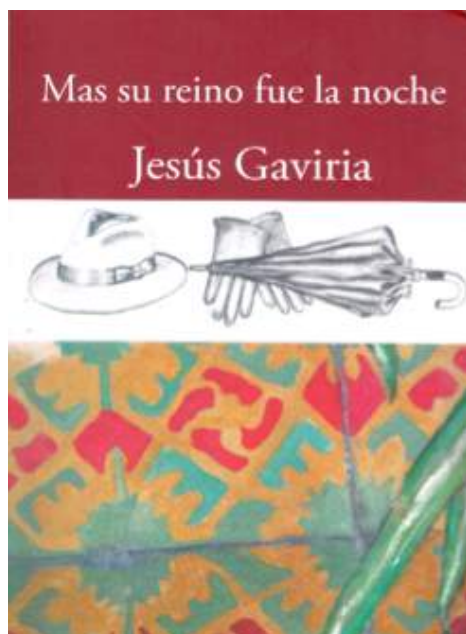
Jesús Gaviria Gutiérrez, poeta

Ayer, 3 de noviembre de 2016, se le rindió un homenaje a “Pacho”, como le decíamos amigos y conocidos, en el Salón Fabricato de la Facultad de Derecho de EAFIT. Murió el 19 de diciembre del año pasado, de alcohol, que consumió en exceso durante muchos años, de cierto desdén metafísico, creo yo, mantenido a raya por su humor exultante, y del abatimiento que le produjo la separación de Constanza Toro, su esposa, cuando celebraban sus pensiones recientes, casi simultáneas, y preparaban maletas para un viaje a Buenos Aires.

Hizo parte, entre otros núcleos amicales que lo tuvieron en sus filas, del que hice parte al lado de Miguel Escobar Calle y José Gabriel Baena, fallecidos, y Gustavo Vives. Cuando lo conocí, por allá a mediados de los 80, él era curador del MAMM, situado por entonces en el barrio Carlos E. Restrepo. La cercanía del museo con la BPP, donde yo trabajaba entonces, vinculado a su Sala Antioquia, lo llevaba con frecuencia a esta sección en búsqueda de información sobre algún artista o una obra de arte en particular. Llamada previa, le tenía lista la documentación que le servía, libros y catálogos de la estupenda colección de



La casa de Pacho, poeta. Zoraida Gaviria, Dibujo digital. 2016



Más su reino fue la noche. Jesús Gaviria, libro de poemas. Editorial Eafit, 1998

arte antioqueño y colombiano que posee la Sala Antioquia. Sus consultas siempre eran rápidas. Estas ocurrían casi siempre en las horas de la mañana. Mientras permanecía concentrado en su consulta, lo acompañaba un suave pero notorio perfume de coñac.

Aun cuando se podía decir que iba vestido informal o deportivamente, lo hacía con elegancia. Sus amigos siempre parecimos desmañados a su lado, así nos vistiéramos con lo que creíamos elegancia cuando se trataba de ir “bien vestido” a algún evento especial. Quien lo trató con alguna frecuencia, recordará que amaba los trajes a la medida, las corbatas italianas, los chalecos vistosos, las bufandas, que cuidaba del quiebre perfecto del pantalón tanto como del brillo de los zapatos, sin que la hora del día trajera cambios en su atildamiento. El asunto de los zapatos me mortificaba más que los otros porque Vivian, que le ha dado mucha importancia a esa parte del atuendo, cada que tenía oportunidad, es decir, cada que veía a Pacho, me lo ponía de espejo frente a mi desaliño en el calzado: “Mirá como mantiene Pacho los zapatos. Brillan como si los hubiera

acabado de comprar. Vos por qué no le aprendés un poquito y te embetunás bien tus zapatos o te los hacés embetunar”. No le aprendí, como tampoco a usar corbatas, ni bien ni con frecuencia, ni a ponerme las bufandas como se debe, aunque por momentos le envidiaba todo eso.

Digamos, aunque suene a asociación facilista —riesgo que corremos con gusto porque sabemos que saldremos bien de él—, que esa elegancia exterior se correspondía con una finura interior que hacía presencia en todos los actos de su vida y que hermanaba la paciente y cuidadosa elaboración de un poema, como si moldeara cristal, con el movimiento de su mano al llevarse a los labios el vaso con ginebra y tónica



El oro, el marfil y el mar de vino. Jesús Gaviria, libro de poemas. Editorial La Espina y El Pámpano, 2007

cuando almorzábamos en grupo en la Pizzería Brasilia, en Carlos E. Que no era por completo instintiva o solo aprendida en el hogar la galanura de sus gestos, me lo sugirió la ocasión en que hablando de la película de Visconti *La muerte en Venecia*, se refirió con admiración a un hecho en que solo personas como él repararían: el

movimiento con el que el actor Dirk Bogarde, que representa en la película al poeta Gustavo Aschenbach, protagonista de la novela de Thomas Mann, se lleva una fresa a la boca. Lo hace con unción, como si se tratara de un rito, y no puede descartarse que hasta en mínimos gestos como ese, Visconti haya querido resaltar el significado que tenía para la intelectualidad y los artistas del norte de Europa un viaje al Sur del continente, como lo afirma Sergio Pitlor en un ensayo sobre Henry James: “La atracción ejercida por el Mediterráneo sobre las literaturas del Norte y los hombres que las producen se pierde en un tiempo en que la literatura era oral y el concepto de Europa no existía

sión más de ese anhelo de disfrutar sin talanqueras los placeres todos del cuerpo, desde los más sencillos como ése hasta los más oscuros y prohibidos, no va a detenerse ni ante la muerte, en Jesús Gaviria Gutiérrez la admiración por ese gesto no se enmarcaba en una lucha de contrarios que para él no existía, sino que, hedonista como era, no podía dejar de ver en esa escena una ilustración perfecta, inmejorable, de cómo debía asumirse la existencia toda, desde lustrarse unos zapatos, llevar una corbata, disfrutar un almuerzo y una copa, hacer un brindis, contar una anécdota graciosa, leer un libro, hasta dar a luz un poema, lo que en abarcaba la prolongada y paladeada concepción —en la línea de Rilke:



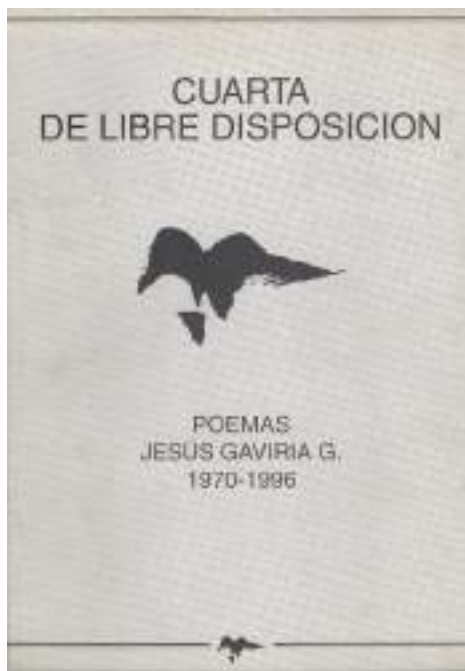
La casa de Pacho, poeta. Zoraida Gaviria, Dibujo digital. 2016

(...) Esa rústica grey meditabunda se vio sustituida por oleadas intermitentes de neopaganos de todas las especies, deseosos de consumir en tierras meridionales sus nupcias con el sol”.

Si en el personaje de Visconti la forma de comerse la fresa es una expre-

como a un árbol, a un poema no se le puede acosar para que crezca—, pasaba por el alerta y terco bruñido en su taller de palabras, y concluía con su lectura en voz alta, acontecimiento que tenía todo el brillo de una coronación magnífica. Resalto este último aspecto.

Leía sus poemas ante grupos numerosos o pequeños de amigos, o ante uno solo de nosotros, sin que su entonación sufriera mermas en su convencimiento de estar leyendo un muy buen poema, bellamente modelado y profundo. La lectura era parte integral del poema, su realización pública, por decirlo así, como en la antigüedad, cuando el poema era dicho de memoria ante gentes que por lo regular no sabían leer. Los leía como decía García Márquez que había que escribir las historias de cuentos y novelas: con el convencimiento de que aquello era, más que interesante, subyugador.



Cuarta libre disposición. Jesús Gaviria, libro de poemas. Biblioteca Pública Piloto, 1996

Nada que ver con la forma opaca, bisbiseante, al estilo de como hablaba yo en mis épocas de conspirador frente a las mesas de los cafés para evitar ser escuchado desde alguna mesa vecina, inaudible de hecho, como se leyeron poemas de Pacho en el homenaje de anoche. Me dio tristeza, pero, bueno, pues bueno, sus intenciones eran honradas. Para Pacho, leer su poesía ante los demás no consistía en la solicitud baja, abyecta, vergonzante, de un re-

conocimiento sincero o cómplice. Era la inclusión del oyente en la consumación del hecho poético. Él, y no sé de ningún otro, excepto Jaime Jaramillo Escobar, leía su poesía, o la de los poetas que admiraba, de esa manera.

Tal vez por eso escribió poco. El añejamiento era prolongado y lentificada la degustación en la copa, con los brindis del caso, y las repeticiones necesarias por si algún oído tosco, pues no se trataba de recitales sino de un acto íntimo, lleno de elegancia y fervor. La leía ante la mesa de un café o una cafetería, en algún lugar de su casa o en el hogar de un amigo lo suficientemente atento, respetuoso de lo que iba a escuchar. Alguna vez se acordaron de él en el Festival de Poesía (muy probablemente cuando se enteraron de que no le faltaba mucho para morir). No hice el menor intento por asistirle; no era su elemento un auditorio repleto de muchachos bullangueros, aunque seguramente atentos, y adultos extraviados en la juventud, porque de esa conjunción resulta un eco propicio a cierto tipo de poesía sonora y efectista. De las retortas, alambiques y probetas del laboratorio de Jesús Gaviria salía un licor de poesía para degustadores avezados, uno que, quien sabe por qué asociaciones subterráneas de lecturas y tal vez algo más, siento aludido en el verso con el que ese brujo de la palabra que fue Lezama Lima fija en el horizonte de la poesía modernista a un poeta cubano: “El vaso violeta de Julián del Casal”.

Caigo en la cuenta de que lo hasta aquí esbozado puede sugerir la imagen de alguien afectado, de un aristócrata tropical relamido, una suerte de Mauricio Babilonia de nuestra poesía, un “currutaco de alfeñique”, como encuadra García Márquez a su personaje. Nada más alejado de lo que Pacho era, un paisa de la cabeza a los pies, y un hombre con un sentido del humor que lo convertía en el centro de toda reunión que lo contara entre los con-

tertulios. Su humor exultante, apoyado en la seguridad instintiva de lo gracioso del relato –tribuna inmejorable de una narración, según anotaba el mismo García Márquez– empataba una anécdota con la siguiente desde el escenario magnífico de su viril vozarrón paisa, con todas las luces de su ingenio encendidas. Así podían pasar horas, sin signos de fatiga en el auditorio. Era común que se le pidiera repetir una anécdota ya contada, porque su gracia le volvía a dar el brillo de lo nuevo. A veces remataba una sesión de esas con una sentencia que no tenía que ver en absoluto con sus relatos, ni con el conjunto, ni con alguno de ellos en particular, por lo menos en la superficie de ellos, pero que en su caprichosa arbitrariedad operaba como un sentido que los agrupaba bajo el haz de una reflexión donde todos revelaban la raíz común del absurdo que acompaña con tanta frecuencia la condición humana, o el humor que es posible hallar en las situaciones más difíciles o embarazosas, y que nos reconcilian con nuestras limitaciones y dificultades, como cuando finalizaba con un “End” de

este tipo: “Muchachos, vivir no es fácil”, que coronaba con una carcajada estruendosa, tipo la de Otto Morales Benítez.

Su conocimiento de la historia del arte universal, latinoamericano y colombiano, hacía suponer razones como una maestría con respaldo académico, cursos de extensión en las universidades, o la asistencia regular a un ciclo dictado por personalidades de la historia y la crítica de arte. Pero no, fue criterio y conocimiento adquiridos en el estudio personal. “Él fue aprendiendo de su cuenta, cuando preparaba las clases historia del arte que dio en la Bolivariana”, me cuenta Constanza Toro, su esposa durante veinte años. “Fueron años. Eso lo hizo cuando fue director de Humanidades en esa universidad”. Aprendía para enseñar de inmediato, viéndose obligado a ir adelante y, sobre todo, mucho más ampliamente que sus alumnos. El dato habla de una agudeza de percepción y una capacidad de asimilación verdaderamente excepcionales por la vastedad de lo que alcanzó a apropiarse, pero todo por la visión tan personal y aguda del arte que alcanzó en su formación autodidacta: su bibliografía en el campo de la historia y crítica de arte permiten comprobar que estas no son afirmaciones arbitrarias. Dirigió la Colección EL ARTE EN ANTIOQUIA AYER Y HOY, del Fondo Editorial EAFIT, que se inició con Eladio Vélez, *Libretas de Dibujo 1927/ 1931*, y continuó con Pedro Nel Gómez, *los años europeos*; Bernardo Vieco, *escultor*; *Presencia del arte quiteño en Antioquia*, y otros rescates fundamentales del pasado y el presente del arte en Antioquia. Entre otras contribuciones importantes suyas a la historia y la crítica de arte se pueden citar *La acuarela en Antioquia*, *50 años de pintura y escultura en Antioquia* y *El Arte en Suramericana*. Contribuyó en casi todos esos libros y catálogos con textos de análisis crítico de las obras de que se ocupan, en



Pintura sobre porcelana. Jesús Gaviria, libro de poemas. Editor Castel Durante, 1999

los que demuestra su capacidad para el comentario pormenorizado que desmonta, con minuciosidad de relojero, los mecanismos, recursos y efectos de trazo, luz y sombra, color y composición, desde los que el artista construye el sentido de esta y aquella imagen particular, y la cosmovisión y orientación estética que anima el conjunto de una obra.

Pero dominada su sensibilidad por un apetito de mundo y de belleza universal, que no quería ni podía renunciar a ningún campo que le ofreciera goce estético y conocimiento, no se especializó en uno solo de esos lenguajes, no hizo de ninguno de ellos un compartimento exclusivo, una celda. Pasaba de uno a otro como vasos comunicantes vinculados con fluidez feliz, con total naturalidad. De ahí que por épocas, de alargues considerables, se dedicara con ahínco y entusiasmo a la lectura de obras como *La Divina Comedia*, *José y sus hermanos*, la tetralogía grandiosa de Thomas Mann, o *Don Quijote de la Mancha*, excursiones emprendidas y culminadas con un entusiasmo que más pronto que tarde imantaba a su alrededor lectores que se incorporaban hasta el fin a su aventura, a su descubrimiento, camino hecho sin afanes, paladeado durante años, con las paradas necesarias en el camino—como suspender la lectura de ese día para escucharlo declamar de memoria una o más de las estrofas del poema del Dante—y concluido con el jolgorio de una reunión donde los asistentes celebraban aquel término con brindis abundantes y disfrazados con trajes de la época a la que habían regresado en el acontecimiento de su lectura.

Pero en el centro de aquel ir y venir, siempre, el poeta.

Y como lo enunciamos atrás: destilando prolongadamente sus poemas y leyendo y releendo sus poemas preferidos, en cuyos lenguajes se originó y afianzó el acento clásico, atemporal, por fuera de las modas, de su poesía:

Seferis, Montale, Cavafis, Pessoa, Pavese, Yeats, Keats. Por eso es desde la poesía que quiero despedirme de él en esta semblanza. Simultáneamente con el volumen que recoge todos sus poemas—publicados previamente en seis poemarios a lo largo de 30 años—, titulado *Mas su reino fue la noche*, edición a cargo de Sílabas Editores y Fondo Editorial Universidad EAFIT, se publicó un librito bellísimo con dibujos digitales de diferentes lugares de su casa en el barrio La Mansión, titulado *La casa de Pacho, poeta*. Son imágenes que consiguen su propósito: capturar la intimidad hogareña, la atmósfera creada por Constanza y Pacho en sus décadas de convivencia matrimonial, o, lo que es lo mismo, apresar en esas imágenes fragmentos del alma del poeta que sugieren en su sesgo individual el perfil completo de su ser.

Una de esas imágenes—pinturas tiene una carga conmovedora superior. Pacho aparece sentado en una banca de madera, solo, de espalda. La banca se encuentra a campo abierto, en un jardín, separada por unos metros de grama de un bosque (“Es en la finca de su hermano Juan Felipe, por Fizebad”, me aclara Constanza, y agrega: “A él le gustaba eso cuando iba a fincas. De pronto se perdía y la gente preguntaba dónde estaba, y era que escogía un sitio así, lejos de todos, para estar solo un rato”). Le faltaba poco para morir y, desde luego, lo sabía. Sacude verlo allí, solo, frente a su muerte y a su vida. Me detuve un rato a mirarlo allí, y sentí que desde alguna parte se aproximaba un poema propicio para esa hora suya definitiva. Entonces pasé a otra cosa para darle tiempo al poema a que llegara sin ponerme en búsquedas frenéticas. Llegó al otro día en la mañana. Deseé, imaginé estar allí en esa banca, a su lado, y se lo leí como un consuelo, el mejor, el más hermoso, el más hondo. Él lo entendió así y así lo agradeció, y al terminar, sus ojos y los míos estaban llenos de lágrimas:

Los dioses abandonan a Antonio

Cuando de pronto, a media noche, oigas
pasar el tropel invisible, las voces cristalinas,
la música embriagadora de sus coros,
sabrás que la Fortuna te abandona, que la esperanza
cae, que toda una vida de deseos
se deshace en humo. ¡Ah, no sufras
por algo que ya excede el desengaño!
Como un hombre desde hace tiempo preparado,
saluda con valor a Alejandría que se marcha.
Y no te engañes, no digas
que era un sueño, que tus oídos te confunden,
quedan las súplicas y las lamentaciones para los cobardes,
deja volar las vanas esperanzas,
y como un hombre desde hace tiempo preparado,
deliberadamente, con un orgullo y una resignación
dignos de ti y de la ciudad,
asómate a la ventana abierta
para beber, más allá del desengaño,
la última embriaguez de ese tropel divino,
y saluda, saluda a Alejandría que se marcha.

(Versión de Lawrence Durrell del poema de Cavafis.
Traducción de Aurora Bernárdez. *Justine*, primer volumen del Cuarteto de Alejandría, Editorial Sudamericana, Tercera Edición, 1961).

JESÚS GAVIRIA GUTIÉRREZ: (Medellín, 1949–En-
vogado, 2015). Abogado de la Universidad de Antio-
quia. Profesor de Historia del Arte en distintas universi-
dades de Medellín. Poeta y crítico de arte.

Sus poemarios son: *Una corta danza* (1976), *Veinte piezas para instrumento de percusión* (1990), *Cuarta de libre disposición* (1996), *Pintura sobre porcelana* (1999), *Poemas – Una selección* (Universidad Nacional de Colombia, 2004), *El oro, el marfil y el mar de vino* (2007). Entre sus publicaciones sobre arte se encuentran: *La acuarela en Antioquia* (1987), *El Arte en Suramericana* (coleccionables 1987 – 1989), *Imágenes del café* (1998), *50 años de pintura y escultura en Antioquia* (1994), y *Pedro Nel Gómez, los años europeos* (1999). Director de la Colección *El Arte en Antioquia Ayer y Hoy*, del Fondo Editorial Universidad EAFIT, con diez títulos publicados entre 1997 y 2003. Curador del Museo de Arte Moderno de Medellín (1989 – 1994), cofundador de la revista *Aquarimántima*, de poesía, en 1973. Colaboró en varias oportunidades con poemas y textos de crítica de arte en las páginas de este boletín.



Sin título. Fotógrafo: Zoraida Gaviria, 2015